

XIX.

La moribunda.

En los oídos de Placial resonaban todavía las terribles palabras de mistress Black respecto á Genoveva.

¿Había dicho la verdad? ¿Por qué había de mentir?

Las últimas sacudidas que había experimentado la desgraciada niña, la prueba terrible de la noche pasada bajo la acción directa de las nieblas de Londres, el dolor punzante que le causaba el recuerdo de su madre, todo había contribuído á agravar una enfermedad que era indudablemente mortal.

Esta enfermedad siniestra había recobrado su curso, un instante interrumpido. La carne se defendía aún; pero, á despecho del amor que experimentaba, y por el cual se sentía como acariciada; á despecho de la confesión y de la protección de Patrick, parecía que su alma, quebrantada por tantos dolores, no deseaba continuar aquella lucha. La terrible aparición de Cecilia había disipado en ella la naciente esperanza, y, sintiéndose encadenada á la desgracia, su alma quería romper los lazos que la sujetaban á la materia para dirigirse á Dios.

Así sólo se podía explicar la calma que conservaba en sus sufrimientos. Cuando la tos sacudía su pecho, desgarrándole, al parecer, los pulmones; cuando su respiración no era más que un silbido ronco y estridente; cuando la daban aquellos accesos horribles y aquellas sofocaciones, cada una de las cuales podía ser la última, su valor no disminuyó ni un solo instante.

Si el dolor le arrancaba un gemido, su mirada protestaba contra esta debilidad. Un día que la *Gramma* se lamentaba de sus sufrimientos, la dijo:

—Bien pronto habrán terminado, mi buena *Gramma*, y el reposo durará eternamente.

Y sus ojos estaban entonces radiantes de esperanza.

Genoveva no se atrevió, sin embargo, á decir esto á Patrick. ¡Temía causarle una pena horrible!

De la triste influencia que su madre había ejercido sobre su destino, nunca se la oyó decir una palabra. Jamás la acusó, aunque no la había perdonado. Frecuentemente, cuando Cecilia Hervier entraba en la cabaña, Genoveva fingía dormir. Su fisonomía impasible sólo tenía una sonrisa cuando veía entrar á Patrick.

Á veces su madre hacía un gesto para despedir á su prometido; pero la vista del joven atraía una sonrisa furtiva á los labios de Genoveva. La enferma decía:

—¡Quedaos, Patrick!

Y Cecilia entonces hacía sitio al joven irlandés.

Por otra parte, Patrick y la *Gramma*, ¿no habían llevado con frecuencia al alojamiento del viejo Bob algunas monedas para comprar medicinas? ¡Y

era su madre quien deseaba alejar á los que tanto bien le habían hecho!

Patrick Donegan se sentaba, y trataba de hacer recobrar á Genoveva la esperanza perdida. La cantaba en voz baja canciones irlandesas, la refería historias y cuentos del país, tan poéticos, tan consoladores, que ella los escuchaba enajenada con los ojos cerrados, y se sentía renacer.

—Si estuvierais siempre aquí, Patrick (le decía), bien pronto estaría curada.

—Lo estaréis pronto, Genoveva,—le contestaba.

Y al decirla esto, volvía la cabeza para enjugar una lágrima.

—¡Si Genoveva muere (pensaba el pobre muchacho), morirá con ella mi fe en el porvenir! ¡Por ella me sentía fuerte, y, trabajando, hubiera llegado á ser algo! ¿Un cantor de calles? ¡Ah! No. Un músico, un poeta, un novelista, ¿qué sé yo? ¿Mas de qué me servirá, si Genoveva no existe?

En cuanto á la *Gramma*, la gruesa alsaciana, sufría horriblemente, y permanecía casi siempre silenciosa.

Una tarde dijo á Patrick, señalando á Genoveva que estaba sumergida en un profundo letargo:

—¡Me parece que veo morir por dos veces á mi pobre Susana!

La *Gramma*, que sabía bien qué clase de remedios compraba Cecilia, no decía nada, por no afligir á la enferma; pero no era capaz de consentir en que se la engañase por mucho tiempo; por sí misma compraba las pociones y jarabes que Genoveva necesitaba. La madre, empujada entonces por aque-

lla exaltación que, según dijo el agente de policía, confinaba con la locura y producía en su cerebro la pérdida de la memoria, había descubierto en el cofre algunos pobres efectos que pertenecían á su hija, los cuales fué vendiendo, y el producto le permitió satisfacer por un día más aquella sed repugnante. Cecilia no regresaba á la cabaña más que para dormir, con el sueño del bruto, sobre un lecho de paja que, á pesar de la aversión que había llegado á inspirar á Catalina, le había arreglado ésta en un rincón de la cabaña.

Al refugiarse en esa embriaguez pesada y llena de olvido, aquella mujer adulada en otro tiempo, ¿procuraba sustraerse al sentimiento de su humillación y de su vergüenza? ¿Quería apartar de su imaginación el lamentable drama cuyo desenlace parecía tan próximo?

Cuestiones tremendas. Entre la cobardía humana y el más monstruoso envilecimiento, hay espacio para largas meditaciones.

Pero la madre de Genoveva no se había estremecido cuando por vez primera tuvo que ofrecer su pecho á la hija nacida de sus entrañas: la palabra *deber* había vibrado en su oído, sin haberse dado cuenta nunca de si tenía ó no sentido.

No necesitaba, pues, embotar la sensibilidad de su corazón: desde hacía ya mucho tiempo, no palpaba más que por los apetitos de la carne.

Y los apetitos de ésta, son siempre tiranos implacables y celosos. El que abriéndoles sus sentidos los deja penetrar, se constituye en esclavo de ellos por toda la vida. La edad puede transformarlos pero no los extingue nunca; cambian de aspecto cuando los cabellos cambian de color; pero no pier-

den nada de su ruda aspereza ni de su fuerza para esclavizar.

Tampoco había ganado nada Cecilia Hervier en la metamorfosis de sus vicios, al transformarse en inmundos como los andrajos, y deformes como el rostro lleno de costurones de la en otro tiempo encantadora mujer. De la galantería que, aunque indigna, conservaba por lo menos un perfume de juventud, cierto barniz de elegancia que excita la indulgencia, Cecilia había caído, de pecado en pecado, en la más abyecta, en la más degradante de las pasiones; y esta pasión tenía en ella la violencia que había caracterizado las primeras, resumiéndolas todas. Constituía la expansión del grosero sensualismo que había caracterizado á esta miserable. El furor de la embriaguez había sustituido en ella á otros furores, y esta embriaguez la buscaba en la más acre, en la más enervante de las bebidas alcohólicas, en el *gin*, el mal genio de los miserables de Inglaterra.

Una tarde, la tarde que precedió á la noche en que Placial y Katchar fueron á arriesgar su vida en la taberna de *El Hacha y el Ancla*, Grama vino á hacer su visita cotidiana á Genoveva. Eran las seis. Un pálido rayo de sol poniente penetraba por la estrecha ventana de la humilde habitación, iluminando de lleno el rostro de la enferma, que en aquel momento estaba sentada sobre su camastro, con los ojos medio cerrados, la boca entreabierta, respirando con una voluptuosidad tal, que parecía querer asimilar á su ser aquel aire vivificador.

Aquella suave luz, próxima á extinguirse, transformaba los rubios cabellos de Genoveva en una aureola, transfigurando su fisonomía. Sus ojos se

habían reanimado, su tinte lívido había tomado el tono del oro pálido, y como sonreía, la buena alsaciana se engañó, creyendo en una resurrección, y dió rienda suelta á su alegría.

—¡Oh, Dios mío! (decía.) ¡Hete ya curada, Genoveva mía! ¡Curada! ¡Qué bella estás! ¡Ah! ¡qué desgracia que Patrick Donegan no esté aquí! ¡Pobre Patrick! ¡Cuán dichoso sería!

—¿Dónde está Patrick?

—Ha ido á un concierto en *Mahogay-Bar*, donde será bien pagado. Me ha encargado que vele por ti, porque él vendrá tarde. ¡Qué contento se pondrá! Y yo, ¡ah, yo, Genoveva, qué dichosa soy al verte así!

Genoveva no trató de desengañar á la pobre alsaciana. La suplicó que abriese las vidrieras. *Grاما* obedeció.

En el ángulo de la ventana, sobre la repisa que formaba el muro, y que el viejo Bob había reforzado con césped, una planta de alhelíes, nacida por casualidad, había crecido, sembrada acaso por la brisa ó por algún pájaro caritativo. Genoveva cuidó á la pobre planta con esa exuberancia de ternura que los que tienen bienes encuentran infantil en los que de todo carecen. La regaba todas las mañanas, desembarazándola de los insectos y de las hojas secas, y el alhelí, agradecido, le había dado ya muchas flores.

Á la sazón, un bonito ramo, cargado de una docena de aterciopeladas flores amarillas y rojas, se destacaba en medio de sus verdes ramas. Genoveva extendió la mano hacia el alhelí, y, como no consiguió alcanzarlo, *Grاما* la sostuvo en sus brazos para que llegara á él. Con sus descarnados dedos

trató la enferma de arrancar de su tallo el florido ramillete; pero, demasiado fuerte la sacudida, hizo ceder á las raíces, poco profundas.

—¡Qué lástima! ¡Tan hermoso como estaba!— dijo la alsaciana, que sabía el cariño con que la pobre niña miraba aquel lujo de su miserable existencia.

Genoveva no contestó; con un ligero encogimiento de hombros, indicó que no se asociaba al pesar de *Gramma*, pareciendo decirle: *¿Qué importa?*

Después, alargando la flor á Catalina:

—¡Tómala! (dijo con tan extraña voz, que infundió miedo á la alsaciana.) Esto es todo lo que puedo darte. Para cualquiera sería bien poco; pero es bastante para que tu corazón me recuerde.

Gramma la miró aterrada, conmovida, por el acento solemne que había dado á aquellas palabras.

Luego deslizó la flor en su seno, se arrodilló delante del camastro, y rodeando sus brazos al cuello de la enferma, la recostó contra su pecho, y empezó á mecerla. Después rechazó tan elocuentemente como le fué posible las ideas fúnebres que esta especie de legado supremo le habían sugerido; aseguró á Genoveva que su estado era mejor, jurándole que su completa curación estaba próxima. De vez en cuando apoyaba sus palabras con sonoros besos, depositados en la frente y en las manos de la pobre niña.

Genoveva la dejó hablar, cediendo al encanto de los cariñosos consuelos que la prodigaba aquel corazón sencillo.

Poco después, creyendo la *Gramma* que la en-

ferma estaba fatigada, le anunció que se iba á retirar, y prodigándola toda clase de cuidados, la besó en la frente.

Genoveva la devolvió aquel beso. Después, inclinándose al oído de la barrendera:

—¡Adiós, adiós! (le dijo en voz baja.) ¡Adiós, madre mía!

Un sollozo inarticulado se escapó de la garganta de la alsaciana, que, sofocada, con los brazos crispados, estrechó delirante á Genoveva contra su corazón.

—Ten cuidado, ten cuidado,—dijo entonces la enferma con angustia, indicándole una forma humana acurrucada en un ángulo de la cabaña.

La alsaciana se volvió, y su rostro se contrajo.

—¡Ah! ¡La otra!—dijo con voz ahogada.

Y diciendo adiós por última vez, marchó precipitadamente, cubriéndose el rostro con el delantal, como si hubiera querido no ver al ser que Genoveva acababa de indicarle.

Era *la otra*, en efecto. Estaba allí desde aquella mañana, sentada sobre un montón de paja, encogida, rebujada, con las manos apoyadas sobre las rodillas y el rostro escondido entre las manos, pareciendo que nada veía ni oía de cuanto pasaba á su alrededor, presa de esa torpe somnolencia que sucede á las grandes conmociones físicas, y también á los grandes excesos.

Desde el día anterior había quedado el cofre vacío; no había en la casa ni un solo objeto que pudiera transformarse en una pinta de cerveza ni en un vaso de *gin*. ¡Todo lo que restaba acababa de convertirlo aquel ser despreciable en alcohol!

Había, sí, medicinas para Genoveva; pero la al-

saciana no había querido dejar nada al alcance de la sed inmundada de Cecilia.

Un médico llamado por Patrick había dicho :

—Cuidad á la hija. En cuanto á la madre, la parálisis general la invadirá muy pronto. ¡Buena para *Bedlam!*

El día se extinguió, las tinieblas invadieron la cabaña. Genoveva se sentía cada vez peor, respirando sólo á expensas de verdaderos esfuerzos.

De nuevo volvió á sentarse en la cama, y abrió la ventana.

Una bocanada de aire frío entró en la habitación, sin que ella sintiese alivio alguno. En los raros intervalos de calma que le dejaban los ahogos, escuchaba y miraba ansiosa á su alrededor. Todos los ruidos del exterior se habían apagado como de ordinario; á lo lejos, los rondadores de noche y los madrugadores de *White-Chapel*, habían comenzado á moverse. En la cabaña de Bob no se oía más que la respiración de Cecilia Hervier, ó el crujir de la paja sobre la cual á veces se agitaba.

Después de haber pensado frecuentemente y sin terror en el gran silencio, en la larga noche que poco á poco descendía sobre ella, y girando á su alrededor la envolvía, Genoveva, esta vez, tuvo miedo del silencio y de las tinieblas de su lecho de muerte, y llamó en voz baja. Hostigada por el terror, que había poblado ya la obscuridad de mil fantasmas, lanzó un grito de angustia.

Llamó á Patrick, llamó á la alsaciana, y llamó... ¡hasta á su madre!

Cecilia Hervier se había estremecido; se levantó lentamente, haciendo un supremo esfuerzo.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó.

Y renegando, murmurando por lo bajo, encendió la lámpara de esquisito que había formado parte del mobiliario del viejo Bob, y la colocó sobre el cofre.

La enferma, que parecía respirar con más facilidad, dió las gracias á su madre.

Cecilia se quedó inmóvil: sus ojos estaban fijos en Genoveva, y su labio superior se veía agitado por un ligero estremecimiento.

En una de las zonas luminosas que proyectaba este resplandor vacilante, no era ya su hija la que acababa de ver, era su espectro.

La obra de destrucción parecía casi consumada. Los ojos se habían hundido más aún; la mirada era fija; las ojeras se habían pronunciado y llegaban al medio de los carrillos; los labios, enteramente descoloridos, no se distinguían del conjunto lívido de la faz, y sobre la frente, empapada de sudor frío, aparecían como una marca espantosa las terribles violetas rojas que habían pasado, quizás indelebles, de la frente ensangrentada de la madre, á la frente de la hija.

Y mientras la muerte, impresa sobre la faz de Genoveva, decía á su madre: «¿Qué has hecho de tu hija?», las violetas rojas en la frente de la moribunda, decían á la mujer: «¿Qué has hecho de Placial?» «¿Dónde está Francisco Lecourbe?»

Cecilia, aquella Cecilia que ahora se llama Cecilia Estradère, y que tanto había amargado la vida del que llevaba aquel nombre, se hallaba presa de una turbación incomprensible, espantosa; su pecho se sentía oprimido, estaba seco su paladar, balbuceaba palabras ininteligibles, y trataba de

combatir vanamente aquella sensación, acusándose de debilidad y de cobardía.

—Vamos, vamos (decía despavorida): ¡esto no será nada! ¡Valor, Genoveva, pobre Genoveva mía! La juventud es un gran médico, como suele decirse.

—La muerte es el mejor de todos (balbuceó la enferma); ella me curará.... La veo...., la siento.... Ya viene.

Y la cabeza de la pobre niña, que, mientras hablaba, había estado oscilando de un hombro á otro, cayó hacia atrás.

¿Había muerto?

Cecilia acudió presurosa, y llegó á tiempo para recibir á la desgraciada entre sus brazos. La apretó contra sí durante algunos instantes.

La niña parecía estar en la agonía.... La madre, con las cejas fruncidas y la boca contraída, la sostenía, volviendo la cabeza.

La dolorosa emoción que había experimentado al reconocer la espantosa metamorfosis de su hija, había despertado su egoísmo monstruoso; no tenía ya más que un pensamiento: no asistir á aquella agonía, no mirar, no ver ya.

Pero el aliento tibio aún de la joven inundaba el cuello de Cecilia, que, soldada, por decirlo así, á aquel pobre cuerpo que se retorció en unos espasmos que parecían los últimos, se retorció y palpitaba con él. El terrible espectáculo al cual quería sustraerse pasaba directamente á su cerebro extrañado.

¿Qué sucedió entonces en el alma de la miserable mujer? ¿Acaso un rayo repentino, la comprensión del bien y del mal, sucediendo á tanta incons-

ciencia, iluminó sus tinieblas? Refractaria á las dulzuras, á los goces de la maternidad, la querida de Francisco Lecourbe, ¿se vió acaso, por aquella conmoción, iniciada en el más espantoso de los dolores? Un rayo de sentido moral, penetrando en aquel cerebro materializado, ¿le dió tal vez la medida del crimen que acababa de cometer, rehusando su amor á la criatura á quien había dado el ser? ¿Le fué acaso permitido expiarle por un sufrimiento repentino, por un remordimiento inesperado, súbito y siniestro?

Acaso también cedió sólo á la presión del terror. En el estado de debilidad en que la privación de excitantes dejaba su organismo, también el miedo podía llegar á convertirse en un dolor agudo.

Durante algunos segundos aún, luchó Genoveva antes de perder el conocimiento: aquellos segundos fueron para Cecilia otros tantos siglos. Su semblante no estaba menos pálido que el de la moribunda. El temblor imperceptible del labio se había propagado á todo el cuerpo; los dientes castañeteaban, las piernas flojeaban, la miserable vacilaba sobre sus rodillas. Al mismo tiempo, las arterias, hinchadas, habían precipitado sus movimientos; la sangre afluyó al cerebro, los oídos sonaban, la mirada se velaba y los vértigos sucedían á los vértigos. En fin, ya sin fuerzas, sus brazos se aflojaron; el cuerpo de Genoveva cayó sobre la cama, y la cabeza de la pobre niña vino á chocar contra la pared con un ruido sordo y mate.

En cuanto á la madre, se había quedado anonadada delante de la cama, y, jadeante, con los ojos extraviados, gritaba, retorciéndose los brazos: